

A formal portrait of General Fernando Landazábal Reyes in a dark blue military uniform with gold braiding on the collar and cuffs. He is wearing a black cap with a gold emblem. The background is a plain, light color.

General Fernando Landazábal Reyes: el filósofo guerrero

Capitán (RA) César Augusto Castaño Rubiano
Asesor del Comandante General de las Fuerzas Militares

Foto: Museo Militar General Landazábal Reyes

Oficial del Ejército Nacional. Estudió Filosofía y Ciencias Religiosas en los Seminarios Mayor de Bogotá y Cristo Sacerdote. Especialista en Pedagogía para la Educación Superior de la Universidad Santo Tomás. Es miembro de la Academia Colombiana de Historia Militar. Ha sido columnista de *Semana.com*, *La Silla Vacía* y *la Crónica del Quindío*. Autor de escritos sobre historia y humanidades. Exasesor de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz, del comandante del Ejército Nacional, de la Escuela Superior de Guerra y la Central de Inteligencia Militar del Ejército. Actualmente, asesora al Comandante General de las Fuerzas Militares.

Era el hombre del pensamiento noble: su ideal fue Colombia. Un militar en el más estricto sentido del vocablo y de su aplicación. Presente siempre en los grandes acontecimientos y situado en medio de estos. Un oficial humanista que cultivó su mente con el estudio constante y la reflexión profunda sobre las disciplinas más diversas. Un militar catedrático; sus conocimientos provenían de su consagración a las ciencias militares. Conductor operativo exitoso, de él bien puede afirmarse que pudo cobrar la victoria porque él mismo dirigió la batalla. Creador militar infatigable, artillero íntegro y filósofo de la milicia (Rosales, 2009).

Así se refiere a su amigo, superior y compañero de arma, el brigadier general (H) Gustavo Rosales Ariza, académico e historiador, en el libro *Evocaciones*. Uno de los rasgos más impresionantes del general Fernando Landazábal Reyes, además de su profundo humanismo, fue su capacidad analítica y su visión de futuro en el análisis permanente de los graves problemas que afectaban al país y las soluciones que proponía.

Agudo observador e investigador del diario acontecer del mundo y de Colombia, el general Landazábal comprendió, como pocos, los fenómenos sociales, económicos, militares, políticos y culturales que incidían en la violencia y en la búsqueda de la paz. Sus adversarios y detractores encontraron en él

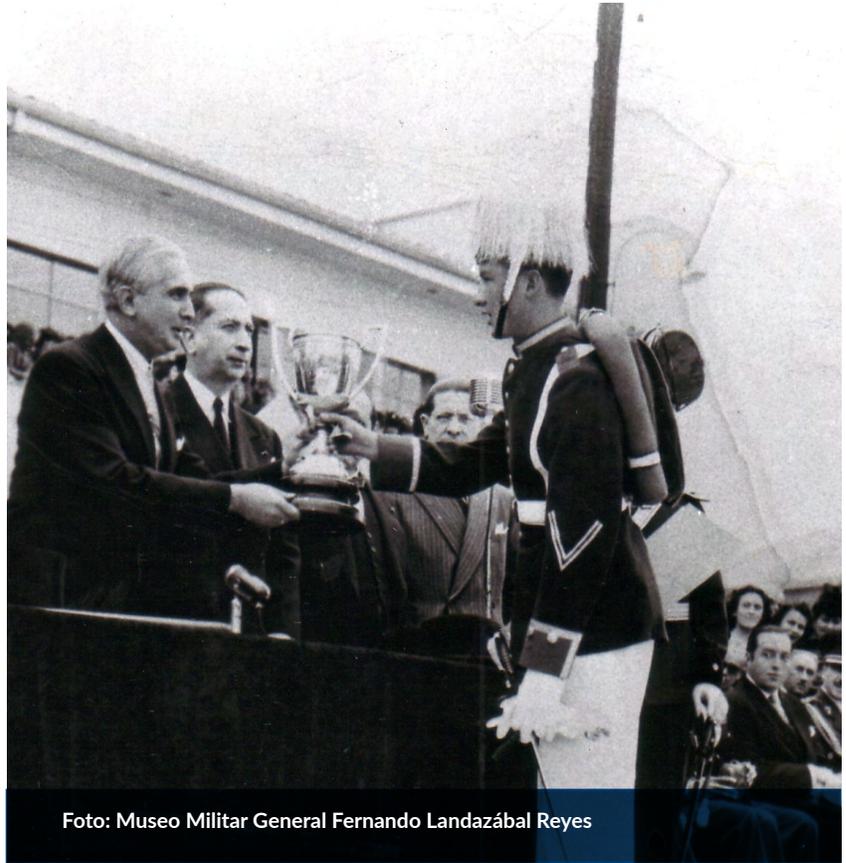


Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

un férreo oponente, tanto en el campo de batalla en la confrontación armada (donde siempre actuó con absoluta legitimidad) como en la controversia ideológica (Velásquez, 2012). En otras palabras, encarnaba el ideal del militar e historiador griego Tucídides: era un filósofo guerrero (Cimadevilla, 2020).

Alrededor de su figura, se fue construyendo un mito que desdibuja su verdadera condición, pues era un demócrata convencido y absolutamente respetuoso de la institucionalidad. En varias ocasiones, se alejó de quienes veían al estamento castrense como una solución ante las crisis de la coyuntura. Por ejemplo, “al señalar, de manera categórica, en agosto de 1981, que intentar presentar

a las Fuerzas Armadas y a sus jefes como una alternativa de poder demostraba un desconocimiento absoluto de la institución y de sus hombres” (Velásquez, 2012).

Su pensamiento no puede estar reservado a menciones esporádicas en investigaciones o publicaciones; por el contrario, es necesario elevarlo al nivel de cátedra permanente en uno de los institutos de educación superior de las Fuerzas Militares.

Sus orígenes

Nació en Pamplona (Norte de Santander), el jueves 13 de julio de 1922. Sus padres fueron Dolores Reyes Gutiérrez (doña Lola), quien trabajaba como profesora en la Normal

para Señoritas, y Luis Landazábal Tarazona, maestro de latín y griego, regente del Colegio Provincial “San José” de los Hermanos Cristianos en Pamplona y secretario de Educación Departamental. Fue el menor de doce hermanos. Su padre murió cuando el futuro general apenas tenía seis meses. Doña Lola fue una mujer excepcional que trabajó para sacar adelante siete mujeres y cinco varones; entre ellos estaban Francisco, religioso, prelado de honor de Su Santidad; Bertha, hermana de la comunidad clarisa; Luis, destacado abogado que ocuparía cargos importantes de nivel nacional; Rita, Aura María, Emma, Lola y Alicia (cuya gemela falleció); José, un próspero comerciante, y Rafael, fallecido cuando hacía secundaria.

Fernando Landazábal realizó sus estudios primarios en el Liceo San Francisco de su ciudad natal. Su formación secundaria la adelantó en el colegio en el cual laboró su padre y en el que cursó hasta quinto año de bachillerato. Por su vena poética y habilidad oratoria, se convirtió en el recitador oficial de ese plantel. Sobre el origen de su vocación castrense, comentaba: “En Pamplona daban instrucción a los estudiantes de cuarto, quinto y sexto de bachillerato. Pamplona era un cuartel, había batallón de Infantería, grupo de Artillería y grupo de brigada (por la cercanía a la frontera con Venezuela)”.

Acerca de su ingreso a la milicia, recordaba el general: “Un día, el cabo Umaña, quien era nuestro instructor, me dijo: ‘Landazábal,

El militar necesita educar, con el continuo ejercicio de sus virtudes, y aprestigar la autoridad, con su ejemplo. El mando que le está encomendado le impone responsabilidades y un conocimiento profundo de las condiciones de sus subordinados y del medio en que actúa” (El Tiempo, 1947).

por qué no se va para la Escuela Militar, usted puede hacer una buena carrera, le iría muy bien” (Medina, 2000). Esa invitación, y el encuentro frecuente con la tropa, fueron perfilando en sus años de adolescente la firme decisión de optar por la carrera de las armas.

Luis, el hermano mayor, quien se había instalado en Bogotá, ayudó en los trámites al aspirante pamplonés y se convirtió en su consejero y acudiente. Esa decisión matizó de verde oliva a una familia que tuvo predilección por la profesión de las leyes y los hábitos.

Los días en la Escuela Militar

El 4 febrero de 1943, ingresó a la Escuela Militar, junto con 72 cadetes; entre ellos, tres venezolanos, según quedó registrado en un decreto del Gobierno nacional, emanado por el Ministerio de Guerra. Aquellos reclutas estrenaron las instalaciones de la Escuela, que se había trasladado de San Diego a Rionegro, y soportaron el frío

sabanero inclemente que calaba los huesos. Por restricción de vacantes, Landazábal entró a cuarto de bachillerato (primer general) como parte de los ‘ovejos’¹.

En aquella fecha también hicieron su ingreso a quinto de bachillerato (segundo general) dos cadetes que tomaron rumbos distintos: Gabriel Puyana García (brillante general de la República, pensador, escritor y académico) y Orlando Fals Borda (fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, bajo cuyas orientaciones se formó una generación de investigadores en ciencias sociales) (El Tiempo, 1943).

Uno de sus maestros favoritos fue el padre Pedro Pablo Galindo Méndez, profesor y

¹ Francisco Leal Buitrago, teniente (r) y sociólogo, comenta en el libro *Al paso del tiempo: mis vivencias que: “La denominación coloquial de los cadetes, según el curso, era: ‘ovejos’ (los de cuarto), ‘chivos’ (los de quinto) y ‘cabros’ (los de sexto). A los que entraban a la Escuela con bachillerato los apodaban ‘recabros’. Estos nombres eran similares de la capacidad de saltar largo: un ovejo salta poco, comparado con un chivo o un cabro, y un recabro se suponía que era el que más largo saltaba, lo cual significaba (de forma peyorativa y en sentido inverso) el tiempo transcurrido en la Escuela antes de graduarse como oficiales”.*



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

El ministerio de guerra pagará \$ 7.500 al año por el edificio de San Diego

OBRAS DE ADAPTACION

En el edificio de La Enseñanza únicamente quedará funcionando la dirección general de los servicios.

A partir de la semana entrante, y con la mayor actividad, se iniciarán las obras necesarias para adaptar el antiguo edificio de la Escuela Militar de Cadetes, en San Diego, para que funcione allí el ministerio de la guerra, con las siguientes secciones:

Despacho ministerial y secretaría general; estado mayor del ejército; jefatura de la fuerza aérea nacional; dirección de la armada de Colombia; comando de la brigada de institutos militares; departamento de personal, y secciones de contabilidad, pagaduría, etc.

En La Enseñanza

En el edificio del antiguo convento de La Enseñanza quedará únicamente la dirección general de los servicios del ejército, con todas sus secciones, a saber: material de guerra; sanidad militar; servicio de culto; remonta y veterinaria; intendencia y control.

El cánón de arrendamiento

Como arrendamiento anual del edificio de San Diego, el ministerio de la guerra pagará a la caja de sueldos de retiro el cinco por ciento anual del valor del avalúo de la propiedad, o sea la cantidad de \$ 7.500.

El «Guardia Presidencial»

Como hay urgencia de trasladar el batallón «Guardia Presidencial» al edificio que actualmente ocupa el ministerio de la guerra, se calcula que las obras de adaptación del edificio de San Diego estarán terminadas en los primeros días de marzo. Según se informa, el proyecto consiste en convertir las grandes alas en grandes cuartos de baño americano—separados—con barandillas.

tente en una diferencia injustificada entre los impuestos de pobres que se pagan en el Colón y los del Municipal. En efecto, en el primer de dichos teatros se paga apenas el cinco por ciento, a tiempo

Fueron nombrados ayer los 73 nuevos alumnos de la Escuela Militar

Entrarán tres venezolanos

El gobierno nacional dictó ayer el decreto, emanado del ministerio de la guerra, por el cual se nombran los 73 muchachos que deberán entrar como alumnos a la Escuela Militar de Cadetes. Tales designaciones son las siguientes:

Primer año:

Jairo G. Mantilla
Diego Abdallah Plaza
Bernardo Gómez Q.
Armando Riascos
Obdulio Padilla Fajardo
Gustavo Loaiza López
Victor M. Ramírez G.
Roberto Alvirra López.
Jorge A. Guevara
Honorio Morales R.
Roberto Pontón A.
Guillermo Franco Martínez
Jaime C. Pinzón
José H. Guarín Porras
Gonzalo Ojilastri Q.
Guillermo Arboleda Aragón
Bernardo González Quiróz
Jaime Navia Calcedo
Fernando Landazábal R.

Gonzalo Convers R.
Pablo Durán Valenzuela
Ariel Penagos Agudelo
Carlos Rueda La-Rotta
Enrique Villota Z.
Jacob Vargas Ospina
Enrique Mejía Soto
Alfonso J. Escalante
Hernando Monroy P.
Hernando Cortés Botero
Abelardo Estrada Arango
Miguel Ospina Rodríguez
David Girón Durán
Antonio García P.
Hernando Mejía C.
Manuel A. Rojas R.
Humberto Quijano López
José M. Franco Valencia
Gabriel Jáuregui Rivera.
José M. Villalobos B.
Hernán Márquez Rueda
Cornelio Buenaventura A.
Otoniel Franco Loaiza
Alvaro Pérez Bretón
Rodrigo Aristizábal
Leonidas Parra
Jorge Fajardo Chaves
Miguel Contreras Patiño
Mario Briceño.

Segundo año:

Se ha reorganizado el trabajo en la secretaría de las obras públicas

El ejecutivo municipal acaba de dictar una importante resolución por medio de la cual se organiza el trabajo interno de las diversas secciones de la secretaría de obras públicas municipales. El alcalde San de Santamaría en su empeño de lograr el máximo de eficiencia y rapidez en los servicios, estudió el acuerdo con su secretario de obras públicas, doctor Alfredo D. Bateman, esta disposición que reglamenta los trabajos de los ingenieros, de todo el personal técnico de la secretaría. A todos les ha sido impuesta la obligación de marcar el reloj de control y de trabajar la ocho horas reglamentarias.

Los vehículos

Además de la reorganización de trabajo en las varias secciones, la resolución, que ha dictado el ejecutivo municipal consulta otras disposiciones de interés para la secretaría. Entre éstas figura por ejemplo, la relacionada con turnos de los vehículos para la prestación de los diferentes servicios, con el fin de obtener una apreciable economía de combustible y de coordinar la labor de los técnicos en las distintas zonas de trabajo.

El Ateneo Español de Bogotá nombró nueva junta directiva el 16

Hemos recibido la siguiente comunicación:

Bogotá, enero 24 de 1943
Señor don Roberto García Peña socio de honor de este Ateneo Español Republicano.—L. C.
Muy estimado amigo:
Tenemos el honor de participar a usted que en la asamblea general celebrada el pasado día 16 fue elegida para el período de 1943 la junta directiva siguiente:
Presidente Francisco Noguera.
Vicepresidente José María España.
Secretario Manuel Noguera.
Vicesecretario Santiago Torres.
Tesorero Mariano Fábregas.
Vicesorero Eduardo Cañete.
Bibliotecario Martín Vaz.
Vicebibliotecario José Villarrubia.
Vocales: Jesús Ventura, Francisco

capellán del instituto, eminente orador, organizador del Vicariato Castrense y autor de la "Oración Patria" y el himno de esa *alma mater*. La Dirección de la Escuela estaba a cargo de un oficial virtuoso, el teniente coronel Germán Ocampo Herrera, quien, años más tarde, se convirtió en el primer teniente general de la República.

Durante el tiempo en la Escuela, fue testigo de los efectos del frustrado golpe de Estado, ocurrido el 10 de julio de 1944, en Pasto, contra Alfonso López Pumarejo. Sin otra comunicación que el voz a voz, alumnos y oficiales de planta se dieron cuenta del suceso cuando el primer designado a la presidencia, Darío Echandía, llegó a la Plaza de Armas en compañía del coronel Ocampo, antiguo director, quien ejercía el comando de la Brigada de Institutos Militares, con el fin de hacerse reconocer por las tropas como presidente de la República (encargado). Horas más tarde, en un radio desventajado del Casino de Cadetes, escucharon al ministro de Gobierno, Alberto Lleras Camargo, llamar a la calma y a la sensatez.

El tiempo siguió su curso para el cadete Landazábal, quien era dueño de una disciplina a toda prueba y reconocido por su don de gentes y gran cultura, virtudes que lo hicieron destacar en su grupo. Así, el 1 de junio de 1946, recibió de manos del titular de la cartera de guerra, Fabio Lozano y Lozano, la copa "Ahumada y Guillén", como mejor compañero.

Tras cumplir el tiempo de formación reglamentaria, el 6 de

Foto: Periodico El Tiempo, 5 de febrero de 1943.

diciembre de 1947, ascendió a subteniente del arma de Artillería, como integrante del curso “José Antonio Galán”, junto con Gustavo Matamoros D’Costa, Jaime Suárez Suárez, Manuel Rojas Ruano, Carlos Rueda Larrota y Hernando Bocanegra, entre otros. Aquel día, el discurso del presidente Mariano Ospina Pérez llamó su atención; en especial, el fragmento en que hizo referencia al valor del ejemplo y al conocimiento que, como oficial, siempre cultivó: “(...) El militar necesita educar, con el continuo ejercicio de sus virtudes, y aprestigar la autoridad, con su ejemplo. El mando que le está encomendado le impone responsabilidades y un conocimiento profundo de las condiciones de sus subordinados y del medio en que actúa” (El Tiempo, 1947).

El caos en Bogotá

Una vez ascendido, el subteniente Landazábal fue destinado a la Escuela de Artillería. Los paseos dominicales al lago Gaitán y los viajes en tranvía por la carrera 13 hasta llegar a la emblemática Avenida de Chile fueron parte de la Bogotá que conoció. Una urbe mucho más enigmática que su provincial Pamplona. La tranquilidad del oficial se esfumó pronto, pues el país enfrentaba la desesperanza de estar al borde del abismo de la violencia partidista.

El 9 de abril de 1948, hacia el mediodía, Jorge Eliécer Gaitán salió de su oficina en compañía de Plinio Mendoza Neira con la intención de celebrar la absolución (proferida unas horas

antes) del teniente Jesús María Cortés Poveda, su defendido, quien, diez años atrás, alegando legítima defensa del honor, había ultimado de dos disparos al periodista Eudoro Galarza Ossa en Manizales. Aquel juicio se convirtió en un acontecimiento de gran trascendencia, a tal punto que las audiencias eran transmitidas por radio y seguidas con atención en todos los cuarteles. Apenas Mendoza y Gaitán habían alcanzado la calle, el caudillo liberal fue herido mortalmente y falleció minutos después en la Clínica Central.

A las cuatro de la tarde, lo que hoy se conoce como el Centro Histórico, era un infierno. Las pocas tropas que había en el lugar eran insuficientes para enfrentar la masa enloquecida; por lo cual, se ordenaron refuerzos. La Escuela de Artillería, al mando del teniente coronel Alfredo Duarte Blum “dispuso tres unidades fundamentales para la defensa del Palacio Presidencial” (Grupo de Artillería “Santa Bárbara”, 1997).

Landazábal, al mando de un pelotón, tomó posición hacia las 15:30, cerca de la sede de Gobierno, y presencié la muerte del teniente Álvaro Ruiz Holguín, del Batallón “Guardia Presidencial”, quien fue baleado por francotiradores. Cumpliendo con su deber, “defendió exitosamente, durante cinco días con sus noches, el sector superior de la casa y despacho del señor presidente Ospina Pérez” (Arias, 2018). Aquel día, se abrió para Colombia un abismo profundo de pasión sectaria, alentada por los partidos políticos y sus representantes.

Tras los luctuosos hechos, un articulista escribió en un diario capitalino: “Signada con sangre de oficiales gallardos y de anónimos soldados está la heroica conducta del Ejército colombiano en esta dura prueba y ello hace aún más admirable el comportamiento de nuestra fuerza armada. Que seguirá mereciendo, multiplicada, la estimación fervorosa y la irrestricta confianza del pueblo” (El Tiempo, 1948). No era para menos, el Ejército había restablecido el orden y garantizado la permanencia del mandatario elegido democráticamente. Sobre aquella fecha, comenta el general Álvaro Valencia Tovar: “Tan pronto como les fue posible, los altos mandos militares se trasladaron a Palacio, no a proponer que se les entregara el poder, sino para asegurarle al presidente el respaldo de las instituciones armadas” (Valencia, 2013).

Corea: lucha en tierra ajena

En 1950, Landazábal fue enviado en comisión a Fort Gullick, en Panamá, con el propósito de que adelantara el Curso de Armas Básicas y Pesadas de Infantería. A su regreso, en 1951, realizó el Curso de Administración Militar. Una vez finalizado, fue asignado como instructor de la Escuela Militar de Cadetes. Su paso fue fugaz, toda vez que fue transferido al Batallón de Infantería N° 1 “Colombia”, a finales de 1951. En este aparte, vale la pena recordar que, antes de su viaje al continente asiático, conoció a quien sería su esposa: doña

Olga Bernal Bonilla, una agraciada dama tolimense a quien, infructuosamente, le propuso matrimonio esa misma noche. Así, inició un romance epistolar que concluyó dos años después en el altar.

En enero de 1952, el oficial partió a Corea para integrar la fuerza multinacional, creada por el Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas, bajo mando norteamericano. La guerra de Corea (1950-1953) fue el único conflicto internacional (de proyección extracontinental) en el que estuvieron involucradas las Fuerzas Militares de Colombia. La participación en aquella contienda sensibilizó a varios oficiales, en especial a Landazábal, quien tomó atenta nota de los desafíos que planteaba la Guerra Fría en un momento en el cual el Ejército estaba inmerso en un conflicto interpartidista.

Sobre aquellos días en que partió a librar una lucha en tierra ajena, el general afirmó: “Fui siendo teniente. Estábamos

en plena guerra entre liberales y conservadores, otra guerra que la clase política y el pueblo colombiano quieren olvidar”. Y añadió, “en Corea asistimos a un conflicto que prácticamente era el último de ese tipo que vivía la humanidad. También dividió la historia del Ejército porque llegamos con una concepción y salimos con otra” (Medina, 2000).

En Corea perdió a un amigo entrañable, el teniente Vladimir Valek Moure, el 21 de mayo de 1952. El día anterior, Valek había sido herido tras un ataque con morteros. Luego de ser rescatado, fue llevado a la enfermería en estado agónico: “Antes de expirar, dijo pleno de orgullo al teniente Fernando Landazábal: No te afanes compañero que yo vuelvo a combatir” (Caicedo, 1961).

La mirada sobre los aprendizajes derivados de esa experiencia la confirma el general Valencia Tovar, quien participó allí como capitán: “Esa guerra fue una fuente de lecciones

extraordinarias sobre doctrina, organización, abastecimientos (...) divide en dos eras la historia moderna [del Ejército]: la anterior a Corea y la posterior a esta experiencia, cuando el Ejército aprendió a luchar dentro de conceptos modernos” (Revista de Historia, 1977). En esa conflagración, que constituyó el primer enfrentamiento armado en el ámbito de la Guerra Fría, permaneció el joven oficial hasta abril de 1953 y luego retornó a la Escuela Militar como instructor.

Instructor, formador y maestro

En el instituto, recibió con sorpresa el ascenso al poder del general Gustavo Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953, en lo que el maestro Darío Echandía calificó como un golpe de opinión. El 24 de julio del mismo año, representó al Ejército Nacional como orador en los festejos con ocasión del natalicio del Libertador, según fue consignado en el Boletín de Historia y Antigüedades: “El Ejército hará los honores correspondientes y en su nombre llevará la palabra el señor teniente Landazábal, de la Escuela Militar” (Cuervo, 1953). La transcripción aparece en el libro *Escritos inéditos del señor general Fernando Landazábal Reyes*, publicado en 1998, por el batallón que lleva el nombre del oficial inolado. El 17 de octubre, contrajo matrimonio en la Parroquia Militar del Espíritu Santo, en Bogotá, con doña Olga, y puso fin al amor epistolar en una ceremonia religiosa oficiada por su antiguo profesor, monseñor Galindo.

Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes



De la época de la Escuela Militar, recuerda el general (H) Julio Londoño Paredes, académico y excanciller de la República:

El teniente Landazábal comandaba el primer pelotón de la Compañía D, cuando ingresamos a la Escuela Militar para adelantar cuarto en el año 1954. Estaba recién llegado de Corea, lleno de condecoraciones que incluían la Estrella de Bronce. Era disciplinado, ponderado e inteligente, ajeno a los gritos de otros oficiales. Alguna vez quedó encargado de la compañía porque el capitán José Joaquín Matallana estaba participando en un campeonato mundial de fusil de guerra en Caracas.

Hubo entonces una demostración nocturna de campaña, con espectadores, en medio de la cual Landazábal pronunció una poesía a la bandera colombiana que nos impresionó tanto que jamás la olvidamos (Londoño, comunicación personal, 2020).

Nuevos desafíos

En 1954, viajó a Fort Sill (Oklahoma), lugar en el que adelantó el Curso Básico de Artillería de Campaña hasta febrero de 1955, mes en el cual ascendió a capitán. Entre 1957 y 1958, viajó nuevamente a Estados Unidos para hacer el Curso Avanzado de Artillería, del

cual se graduó el 6 de junio. En ese periodo, gracias al espíritu lírico que jamás lo abandonó, escribió el poema “Brindis del artillero”, mezcla afortunada de expresiones épicas, patrióticas y románticas. En septiembre de 1958, fue trasladado a la Brigada de Institutos Militares. A mediados de 1959, adelantó el curso reglamentario de ascenso, al grado inmediatamente superior, en el que ocupó el primer puesto.

En marzo de 1960, durante el Gobierno del presidente Alberto Lleras Camargo, siendo ministro de Guerra el mayor general Rafael Hernández Pardo, fue ascendido a mayor y trasladado al Batallón de Artillería N° 6 “Tenerife”, en Neiva,



Capitán Landazábal firma libro
Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

donde fue segundo comandante. En esa unidad, relata su hija Olga: “Mientras se celebraba el 4 de diciembre, el día de Santa Bárbara, mi papá (que vivía muy pendiente de sus soldados) decidió desplazarse en helicóptero para visitar a las tropas. Cuando la aeronave volaba cerca de Planadas, se vino a tierra. El piloto y su pasajero inexplicablemente sobrevivieron. De allí, salió a lomo de mula, ayudado por campesinos que le prestaron auxilio” (Landazábal, comunicación personal, 2020).

De esos días, comenta el general (H) Londoño Paredes: “Me volví a encontrar con Landazábal cuando él era ejecutivo del Batallón ‘Tenerife’. El único batallón empeñado íntegramente en orden público, en el Huila y sur del Tolima. Era el cerebro

de todo. Con enorme visión, manejó la estrategia frente al grupo de Tirofijo y los demás que actuaban en el sur del Tolima. Siempre atento a las dificultades de los miembros del batallón” (Londoño, comunicación personal, 2020).

Esgrimiendo esa valiosa y reflexiva pluma que nunca se detuvo, publicó un artículo titulado “El sentido ético de la guerra”. En él, llamó la atención sobre la necesaria observación y aplicación de los principios humanitarios en la conducción de las hostilidades (Landazábal, 1960). Casi un año después, en junio de 1961, el Partido Comunista Colombiano (PCC) llevó a cabo, en la clandestinidad, el IX Congreso y aprobó la tesis de la necesidad de combinar todas las formas de lucha. Los hechos posteriores dieron

cuenta de la incidencia de esa decisión en la conformación de grupos irregulares.

Adicionalmente, participó en la elaboración del Plan Lazo, bajo el liderazgo del general Alberto Ruiz Novoa, junto a otros oficiales, entre ellos: Rivas Forero, Valencia Tovar, Carvajal Muñoz y Robledo Pulido. Sobre aquella estrategia, que la escasa visión política de entonces impidió que se prolongara en el tiempo, su artífice manifestó lo siguiente: “El plan fue elaborado con la colaboración del Estado Mayor, entre quienes se contaban algunos oficiales que habían integrado el Batallón ‘Colombia’ en la campaña de Corea. Contenía elementos nuevos para enfocar la lucha contra la violencia; se basaba en el reconocimiento de las causas políticas, sociales y económicas de ese fenómeno” (Ruiz, 1997).

El 21 de julio de 1962, el Gobierno nacional le concedió la Orden de Boyacá en el grado de Oficial. Aquel día también fueron condecorados los coroneles Matallana y Valencia Tovar, el mayor Matamoros D’Costa, entre otros. El mismo año, publicó un texto técnico titulado “Los problemas topográficos” y otro en la Revista del Ejército, en agosto de 1962, bajo el título “El Pueblo y el Ejército: una misión de conjunto ineludible”. Este último, comenta el historiador Ricardo Esquivel (2007): “Fue el primero de los artículos no dedicados a su especialidad”. Fue nombrado jefe de la Oficina de Relaciones Públicas del Ejército, creada por el general Ruiz Novoa. Ascendió a teniente coronel, en junio de

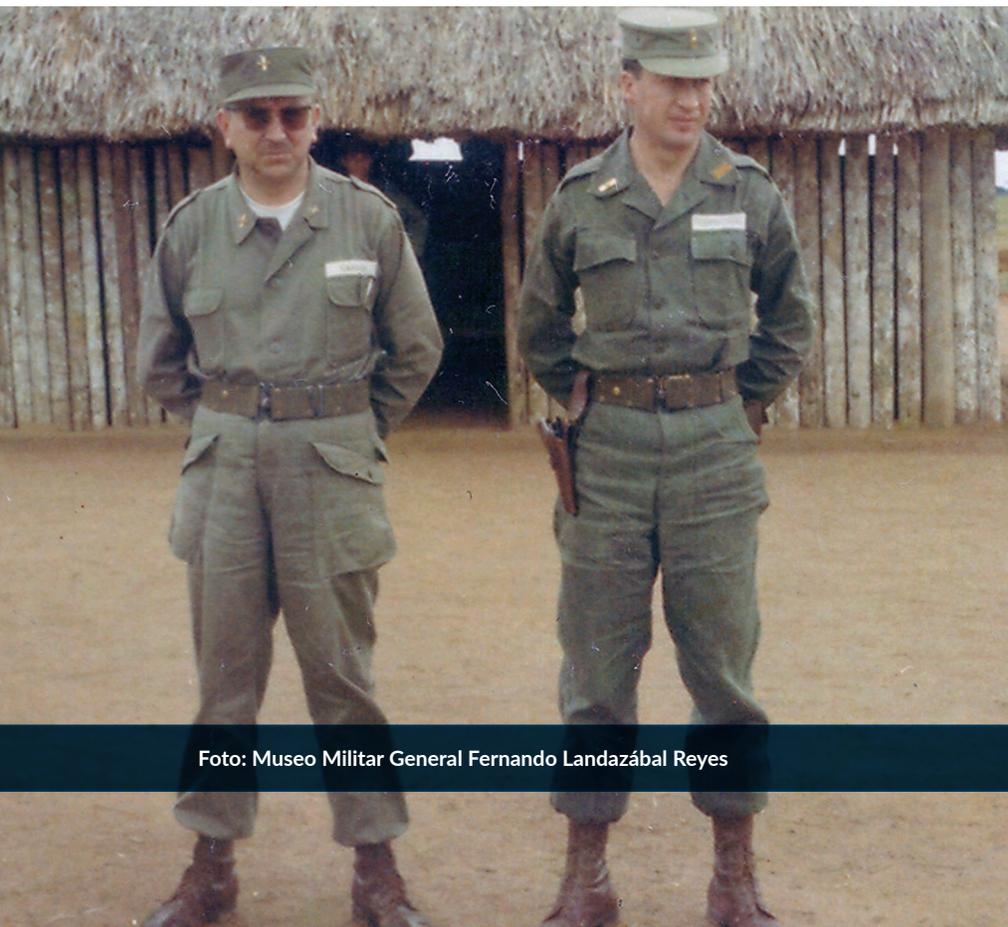


Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

1964, en el mandato de Guillermo León Valencia.

En aquellos días, se desarrollaba la operación Soberanía contra la retaguardia de la guerrilla comunista comandada por Tirofijo, asentada en regiones como Marquetalia, El Pato, Río Chiquito, Guayabero, Sumapaz y la del río Ariari. Fueron tiempos en los que “de los principios y procedimientos de la guerra regular aprendidos en las escuelas y de la misma experiencia que muchos de sus integrantes adquirieron en la Guerra de Corea, los militares empezaban a transitar, sin abandonar su clásica formación, hacia una preparación en caliente propia de la guerra irregular” (Ugarriza y Pabón, 2017).

Designado como jefe del recién creado Departamento E-5 de Asuntos Civiles, se refirió así a su nueva responsabilidad: “Quizá la parte más importante en la labor a realizar será aquella que lo señala como la entidad que ha de planear, dirigir y supervisar el empleo de los recursos disponibles del Ejército, en conjunto con los que puedan aportar los organismos nacionales, para la consolidación de la paz” (Landazábal, 1964). Con base en su experiencia y en la tarea que le había sido delegada, publicó la “Guía de asuntos civiles para el mantenimiento del orden público”.

En noviembre de 1964, fue nombrado comandante del Batallón de Artillería N° 3 “Palacé”, en Buga, en reemplazo del coronel Álvaro Campo Bejarano, oficial que dio su nombre a



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

la medalla cívica de esa localidad. Allí, organizó una escuela de artes y oficios para niños y jóvenes del municipio y empleó como maestros al sastre, al talabartero, al plomero y a los rancheros de la unidad. Como teniente coronel, Landazábal se desempeñó con éxito en varias responsabilidades: profesor y jefe del Departamento de Estrategia de la Escuela Superior de Guerra; jefe del Departamento D-2 del Comando General, instructor en comisión de la Escuela de las Américas (para dictar conferencias sobre operaciones psicológicas y acción cívico-militar); profesor de Filosofía Militar de la Escuela Militar de Cadetes “General José María Córdova”; y representante del Ministerio de Defensa ante el Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

El 7 de enero de 1965, guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional atacaron Simacota (Santander) e iniciaron un recorrido de sangre y fuego contra el pueblo colombiano. Pocos días después, el 27 de enero, el general Ruiz Novoa renunció al Ministerio de Guerra, tras un lamentable episodio provocado por un sector del generalato. La coyuntura fue aprovechada por el mandatario para saldar una deuda antigua con el ministro, luego del impasse generado por el discurso pronunciado [por Ruiz], el 27 de mayo de 1964, en el Hotel Tequendama (Castaño, 2017). Landazábal lamentó la situación, pues sentía profunda admiración por un oficial que, como él, había estudiado las causas políticas y sociales de la violencia que

azotaba al país y proponía soluciones.

La pluma y la espada

En 1966, publicó un texto innovador para aquellos tiempos, *Política y táctica de la guerra revolucionaria*, en el cual develó su profundo conocimiento y comprensión del escenario que se enfrentaba en ese entonces. En uno de los apartes del libro, explicaba:

La guerra revolucionaria es el resultado de acciones de carácter esencialmente político, donde se utilizan, preferentemente, armas no convencionales... el arma psicológica, con la propaganda, los rumores, la creación de expectativas y desconciertos; la acción persuasiva, ya sea individual o colectiva; la influencia política con sus infiltraciones, la lucha de clases y la búsqueda de apoyo en el extranjero; la agitación, los disturbios, los desórdenes, los motines, los incidentes provocados, las manifestaciones de protesta, las asonadas; la violencia, la cooperación con grupos organizados para fortalecerlos y ganar adeptos y por último la resistencia pasiva para impedir la acción de la justicia (Landazábal, 1966).

El 1 de junio de 1968, ascendió a coronel. En medio de la ceremonia, el presidente Carlos Lleras Restrepo pronunció un discurso que destacaba aquello en lo cual siempre creyó el oficial: “El país reposa tranquilo en sus

instituciones armadas, y así lo sabe la República, que no teme por su porvenir porque sabe que una fuerza tutelar, inspirada en los más altos principios, vela por la paz y la seguridad de Colombia” (El Tiempo, 1968).

En 1969, publicó el libro *Estrategia de la subversión y su desarrollo en América Latina*. El concepto de la obra, según explicaba el general Valencia Tovar: “Abarca simultáneamente los aspectos teóricos del fenómeno subversivo y el análisis histórico de su situación en América Latina y, particularmente, en Colombia”. Así mismo, el brigadier general Ricardo Charry Solano, quien prologó el libro, escribió: “El peso de las luchas lo han llevado sobre sus hombros las Fuerzas Militares con indiferencia casi total de otros estamentos del Estado, bien por no medir el problema en toda su profundidad, por un falso egoísmo o por creer que los intereses nacionales pueden defenderse a base del uso exclusivo de las armas” (Landazábal, 1969).

Como coronel, fue jefe de Estado Mayor y segundo comandante de la IV Brigada en Medellín; jefe del Departamento E-1 y de Planes y Operaciones del Comando General. Con respecto de esa época, el general Manuel José Bonnet Locarno (1998) comentó: “Me tocó desarrollar, bajo su dirección, un plan para la defensa antiaérea del país basado en radares, misiles y cañones. Allí recibí la primera enseñanza contundente. Cuando le pregunté por el presupuesto disponible para desarrollar el

plan, me dijo afectuosamente: Mi querido zurrón, la guerra no se planea ni se hace con lo que se tiene, sino con lo que se necesita”.

General vigoroso, pensador reflexivo

Fue nombrado agregado militar, naval y aéreo en 1970, ante el Gobierno de la República de Brasil. Finalizada la misión diplomática, el mando lo seleccionó para integrar el Curso de Altos Estudios Militares. A mediados de enero de 1972, inició clases con los coroneles Gabriel Puyana García (quien fuera más antiguo, pero se había retardado dos años por efectos de una comisión en el exterior), Carlos Rueda Larrota, Manuel Rojas Ruano y José Jaime Rodríguez. Ascendido a brigadier general, lo nombraron comandante de la Tercera Brigada, con

sede en Cali, cargo en el cual se desempeñó entre 1973 y 1974 en el Gobierno de Misael Pastrana Borrero. El 17 de enero de ese último año, un comando del M-19 ingresó a la Quinta de Bolívar y robó la espada del Libertador. Esa fue la primera de una serie de acciones que cada vez escalarían mayores niveles de violencia. En agosto de 1974, el liberal Alfonso López Michelsen asumió la Jefatura del Estado.

En marzo de 1975, Landazábal fue nombrado secretario ejecutivo permanente del Consejo Superior de Defensa Nacional. Ese mismo año, recibió la Brigada de Institutos Militares (BIM), luego del traslado intempestivo del brigadier general Puyana García a la Inspección del Ejército. Dos meses después, Puyana fue llamado a calificar servicios. Las circunstancias en las cuales se produjo el

retiro de un oficial que gozaba de gran prestigio no fueron de su agrado. Días después, por cuenta de un rumor infundado, fue retirado del servicio activo (por voluntad del Gobierno) el general Valencia Tovar, comandante del Ejército. De un momento a otro, por causas ajenas al cumplimiento del deber, la institución había perdido dos generales aquilatados. Durante su gestión, organizó los cursos para profesionales oficiales de reserva.

Por esa época, con el apoyo de Belisario Betancur, quien era propietario de la editorial Tercer Mundo, publicó el libro *Factores de violencia*, como parte de la colección “Tribuna Libre”. La obra fue prologada por Jorge Eliécer Ruiz, escritor, ensayista y crítico literario importante, quien resumió así su contenido: “Miseria, ignorancia, injusticia: trípode siniestro

“El Ejército jamás será postor en el ejercicio político de los poderes, seguirá siendo siempre postor en el ejercicio de la lealtad a su Gobierno, a los destinos de su pueblo y a la vigencia de sus leyes” (Landazábal, 1981).



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

sobre el que se asienta el monstruo de la violencia. El examen de estos tres factores, de su interacción, nos ubica en el camino de lograr una explicación de lo que ha sido el acontecer histórico de nuestro país en los últimos años” (Landazábal, 1975).

El 16 de diciembre de 1975, el presidente López Michelsen lo ascendió a mayor general. A mediados de 1976, en medio del clima de agitación social en que se encontraba el país, Landazábal escribió en *El Pueblo* un artículo titulado “Diagnóstico de la inconformidad”. Así se refiere a las causas que, en su criterio, generaban inestabilidad: “El constante aumento del costo de la vida, el desempleo, las ambiciones de lucro y el indebido enriquecimiento, la subsistencia de grandes monopolios, el contrabando, la deshonestidad administrativa y la ausencia de moralidad económica en el campo individual” (Landazábal, 1976). Ese año, fue designado como jefe de la delegación colombiana ante la Junta Interamericana de Defensa y ministro consejero en la representación colombiana en la Organización de Estados Americanos (OEA). En desarrollo de esa tarea diplomática, “fue enviado como observador para mediar en el conflicto entre Honduras y Nicaragua” (Arias, 2018). De regreso al país, ocupó el cargo de jefe de Estado Mayor Conjunto y secretario ejecutivo del Consejo Superior de la Defensa Nacional. Con el Decreto 2913 del 28 de noviembre de 1979, firmado por el presidente Julio César Turbay Ayala, ascendió al grado de general. El 27 de febrero de 1980, un comando del M-19 ocupó violentamente la embajada de la República Dominicana y secuestró a 17 diplomáticos.

El 1 de septiembre de 1980, Landazábal fue nombrado comandante del Ejército (El Tiempo, 1980). En su saludo, en la ceremonia de posesión, se dirigió así a las tropas: “Sed invencibles en la lucha, continuad en la ruta de vuestras fatigas hasta coronarlas con el máximo sacrificio; si ello fuere necesario, para el bien de Colombia, poned vuestras armas a discreción donde así lo sugiera la batalla por la paz”. Apenas había



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

recibido el cargo, decidió proyectar “la conformación de una agrupación de Fuerzas Especiales en la Escuela de Lanceiros, con la que el Ejército pudiera realizar operaciones de alto nivel. Con este objetivo, se planeó la compra de algunas aeronaves de ala rotatoria” (Tovar y Figueroa, 2020). Estas, a su vez, exigían la formación de pilotos y técnicos; tarea que se consolidó con el paso de los años y la superación de múltiples dificultades.

Ruido de sables

Una anécdota del Ejército de Chile, ocurrida en los años veinte, recuerda el origen de la expresión ‘ruido de sables’. El 2 de septiembre de 1924, en el Gobierno de Arturo Alessandri, se discutía largamente la dieta parlamentaria chilena en el Senado, un hecho que se consideraba un insulto, habida cuenta de la crisis económica que enfrentaba esa nación. Previamente, los senadores habían denegado el aumento de sueldos, la ley de planta y la de ascensos al Ejército por falta de fondos. Un grupo de oficiales de la Guarnición de Santiago se hizo presente en las tribunas del Congreso esa noche y, al día siguiente, sin pronunciar palabra, golpeó el piso con los regatones de sus sables para manifestar su inconformidad (Aldunate, 1924).

En la historia reciente del país, varios episodios dan cuenta de rumores de golpe de Estado o de cuartel, en su mayoría, producto de comentarios de pasillo o componendas de interesados

en sacar del camino a quien incomodara. Ocurrió con el general Alberto Ruiz Novoa, ministro de Guerra, por su pensamiento de avanzada para contrarrestar la acción subversiva; con el general Guillermo Pinzón Caicedo, comandante del Ejército, por un editorial en la revista institucional en el cual criticaba la intromisión en el presupuesto de defensa de sectores ajenos a él; y con el general Álvaro Valencia Tovar, por una conjura entre el presidente López y su ministro de Defensa Nacional.

El general Landazábal no fue ajeno a este tipo de acusaciones en varios momentos. Uno de ellos sucedió en agosto de 1981, cuando el precandidato conservador Belisario Betancur puso en tela de juicio la lealtad de las tropas. Como respuesta, Landazábal publicó un comunicado en el cual dejaba en claro la posición institucional: “El Ejército jamás será postor en el ejercicio político de los poderes, seguirá siendo siempre postor en el ejercicio de la lealtad a su Gobierno, a los destinos de su pueblo y a la vigencia de sus leyes” (Landazábal, 1981).

Sobre aquellos ‘ruidos’, explicaba el general: “Los golpes militares en Colombia, lejos de ser una ambición de los militares para tomarse el poder, han sido una estrategia de la clase política para no perderlo” (Landazábal, 1983a). Afirmación que encuentra pleno sentido en un comentario del profesor Eduardo Pizarro: “La subordinación de las Fuerzas Militares al poder civil ha sido ejemplar en el contexto de América Latina y

ha dejado una profunda huella en la cultura política nacional” (Pizarro, 2019).

En una entrevista de Jorge Yarce, director de la revista Arco, en 1981, el general expresó su profunda preocupación por el momento que vivía el país por cuenta de la violencia: “La guerra contra quienes combaten la democracia no la gana o la pierde el Ejército ni el Gobierno, sino toda la nación, bajo la responsabilidad de su clase dirigente a la cabeza de sus triunfos o fracasos”. Y agregó: “tengo derecho a tener angustia y por eso le hablo al país”. Sus análisis y entrevistas siempre causaron polémica. En enero de 1982, un editorial suyo causó un gran revuelo, puesto que en el afirmaba: “La educación está en manos de la subversión”, opinión que compartió el entonces ministro Carlos Albán Holguín.

**“Los golpes militares en Colombia, lejos de ser una ambición de los militares para tomarse el poder, han sido una estrategia de la clase política para no perderlo”
(Landazábal, 1983a).**

La búsqueda de la paz

En julio de 1982, el general Landazábal presentó una propuesta pública de paz. En ella proponía un plan estratégico que contemplaba seis temas estructurales que debían atenderse: agricultura, vivienda, seguridad social, desarrollo industrial, educación y el campo militar. Su idea era “poner a toda la nación a la altura del momento que vive, reconociendo la amenaza y haciendo frente con los medios más eficaces para llegar a la meta de convivencia, antes de que se acerque la situación a un punto que haga demasiado costoso el precio de la paz” (El Tiempo, 1982).

Belisario Betancur Cuartas se impuso en la contienda electoral, tomó posesión como presidente de la República el 7 de agosto de 1982, escogió un gabinete (de mayoría conservadora) y designó a Landazábal Reyes como ministro de Defensa Nacional. Recién ocupó la cartera, varios asesinatos estremecieron al país. El presidente Betancur hizo un fuerte pronunciamiento que fue secundado por su ministro. En una circular dirigida a los comandantes de las tres Fuerzas y la Policía Nacional, el general Landazábal mencionó la existencia en Colombia de “organismos clandestinos llamados a sí mismos paramilitares” (Revista Semana, 1982a).

Betancur inauguró la era de los procesos de paz. Comenzó por el reconocimiento del carácter político de las guerrillas. Durante el primer año de gobierno, en cumplimiento de las

promesas de campaña, expidió una Ley de Amnistía para facilitar una posible desmovilización de los insurgentes, implementó el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR) y creó una Comisión de Paz. Estas decisiones fueron acompañadas por el ministro de Defensa Nacional, quien era capaz de hacer exposiciones y análisis en las reuniones ministeriales (sobre la política de paz) que ‘descrestaban’ a sus colegas civiles.

En corto tiempo, el general emitió directrices para que las FF. AA. apoyaran la ejecución del PNR: “Ante la política del nuevo Gobierno y las necesidades de la nación colombiana, las Fuerzas Armadas deben prepararse en el menor tiempo posible para poner parte de sus medios y personal, para lo cual debe preverse la creación de Unidades de Ingenieros y Comandos de Desarrollo, para llevar el beneficio de su acción a las zonas afectadas por la violencia, entre ellas: Vichada, Guainía, Chocó, el Magdalena Medio, Caquetá, Putumayo y Urabá” (Landazábal, 1985).

Además, apunta el general Arias Vivas, quien ha estudiado su obra: “Impulsó la construcción de dos bases militares de carácter estratégico para la seguridad nacional; la primera, la Base Naval de Bahía Málaga en el Pacífico; la segunda, la Base Aérea de Marandúa en el Vichada cerca al límite con Venezuela” (Arias, 2018).

Todo ese esfuerzo institucional se vio afectado por las circunstancias tan difíciles que rodearon el proceso. Los

hechos acabaron por quebrantar la confianza y concedieron la razón a quienes advertían el engaño al que sometían los grupos guerrilleros a los colombianos. Tras develarse el doble juego de la insurgencia, a comienzos de 1983, frente a las concesiones ofrecidas por el Gobierno, el ministro Landazábal escribió en la Revista de las Fuerzas Armadas: “El mérito de la amnistía ha sido dejar la farsa al descubierto. Los traficantes han sido despojados de la máscara política con que se revistieron para la subsistencia y el aprovechamiento del fatídico negocio” (Landazábal, 1983b).

En el libro *La salida del túnel*, hizo referencia a ese tema: “Cuando el Estado indemniza el delito con dádivas y apoyos, cuando el concepto de la vida pierde valor en la conciencia humana, la violencia florece, se expande, sienta su imperio y destruye la norma más elemental de convivencia, en la permanente práctica del quebrantamiento de la ley” (Landazábal, 1990).

Punto de quiebre

El 8 de octubre de 1983, el presidente Belisario Betancur se reunió en Madrid con los cabecillas del M-19 (Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad y Carlos Toledo Plata) a espaldas del mando militar. Una situación que generó desazón y pérdida de confianza del ministro hacia su comandante en jefe. En la noche del 4 de enero de 1984, los televidentes escucharon a Margarita Vidal entrevistar al



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

general Landazábal, en el programa *Al Banquillo*. En esa ocasión, le advirtió al país que “se acostumbren a escuchar a sus generales porque ellos saben lo que dicen y por qué lo dicen”.

Sobre sus declaraciones, que fueron recibidas con recelo en Palacio, el editorialista del diario *El Tiempo* escribió el 6 de enero: “Las explicaciones del general Landazábal eran necesarias, ese sentimiento que se ha venido gestando sutilmente, de poner a las Fuerzas militares como intransigentes y enemigas de la paz, no por otra razón que la de cumplir con su deber, tenía que ser contrarrestado” (*El Tiempo*, 1984a). Sobre la reunión con el M-19,

en la conversación que sostuvo con el profesor Medina, comentó: “Tal vez, el presidente no confió mucho en los mandos militares, creyó más en las directivas de la subversión. No consultó con nosotros, le hubiéramos podido ayudar. Cuando recibimos la noticia y luego supimos que allí se había comprometido la baja de los generales Landazábal, Matamoros y Lema ahí la cosa se complicó” (Medina, 2000).

Finalmente, varios hechos llevaron al ministro de Defensa Nacional a renunciar a su cargo. Especialmente, las razones consignadas en un editorial en la Revista de las Fuerzas Armadas y en el informe presentado

al Consejo Superior de la Defensa Nacional. Este último fue calificado por el presidente Betancur, en la intervención que hizo ante el mismo Consejo, el 18 de enero de 1984, como un “analítico memorando”. En los dos documentos, Landazábal dejó en evidencia su distanciamiento con la política de paz del Gobierno. Entonces, Betancur se pronunció haciendo referencia al discurso del ex-presidente Lleras Camargo, del 9 de mayo de 1958, en el Teatro Patria: “La política es el arte de la controversia, por excelencia; la milicia, el de la disciplina. Cuando las Fuerzas Armadas entran a la política, lo primero que se quebranta es su unidad, porque se abre la controversia en sus filas” (Pardo, 1996).

Al tiempo, el mandatario alistó la respuesta a la dimisión del ministro, haciendo un elogio tardío al general: “La República de Colombia no puede privarse de su generosa inteligencia. Usted es el primero en decir que no deben desperdiciarse talentos. Por eso, habremos de solicitar el noble concurso del general Fernando Landazábal Reyes”. De inmediato, se expidió el Decreto 0093 del 18 de enero de 1984, con el cual se aceptaba la solicitud de retiro y la renuncia a la cartera de Defensa. Su compañero de promoción y amigo, el general Gustavo Matamoros D’Costa, fue su reemplazo. Sobre estos hechos, escribiría Enrique Santos Castillo, en el editorial de *El Tiempo*: “El general Landazábal Reyes cumplió con su deber en las más difíciles circunstancias (...) rinde a la nación un parte



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

de honor que le permite regresar a la vida civil con la cabeza en alto" (El Tiempo, 1984b).

Curiosamente, quien fuera señalado como la piedra en el zapato en asuntos de paz, era el que más la había comprendido y estudiado. Hacía apenas un año, en 1983, había publicado el libro *Páginas de controversia*, en el que se refirió a la necesidad de una educación para la paz, en la cual "a nuestro modo de ver, están los fundamentos esenciales para la convivencia, la cordura y el progreso de la nación" (Landazábal, 1983a).

Cuando la temperatura había bajado, pues el descontento en las tropas por la salida del general era evidente, Betancur ofreció una cena en honor del ex-ministro, quien había aceptado la embajada en los Países Bajos. El 28 de febrero, mediante el Decreto 0480 de 1984, que-

dó en firme el nombramiento. Cumplida esa misión, regresó al país a mediados de 1985. Pensando siempre en clave de nación, de su bienestar y desarrollo, publicó *El precio de la paz*, 1985; *La integración nacional*, 1987; *El desafío: Colombia, sus problemas y soluciones*, 1988; *La salida del túnel*, 1990; *El equilibrio del poder*, 1993; y *La hora de la reflexión*, 1997.

Esa inquietud permanente por abordar los grandes temas nacionales lo llevó a incursionar en la política y fundó el Movimiento de Integración Nacional y de las Reservas de las Fuerzas Armadas, con el cual participó como candidato a la Asamblea Nacional Constituyente, en 1991, sin alcanzar los votos necesarios para ser parte de ella. En diciembre de 1992, el Partido Conservador lo designó como miembro de su Dirección

Nacional. A finales de 1994, junto con otros oficiales, fundó el Cuerpo de Generales y Almirantes de las Fuerzas Militares.

Cuatro años antes del crimen atroz que segó su vida, el 4 de diciembre de 1994, el diario *El Tiempo* publicó una entrevista en la cual Landazábal se refirió a una posible negociación con las guerrillas: "No encuentro una razón valedera para que las Fuerzas Armadas no respalden la paz, pero ¿cómo va a hacer el Gobierno para hacer la paz con la guerrilla y no con el narcotráfico? El problema de la paz es complejo en este momento porque todo está ligado por detrás: guerrilla y narcotráfico son lo mismo. Se necesitan mutuamente. Mi opinión es que la paz tiene que hacerse teniendo en cuenta todos los elementos que están perturbando al país" (Landazábal, 1994).

jo]. Ya me voy a morir, estoy llegando a los ochenta años y la familia López sigue gobernando el país. Esas familias siguen, no ha habido un relevo de las clases políticas, todo ha sido lo mismo”.

Del apoyo al sector defensa por parte de sucesivos gobiernos, opinó: “En el Gobierno de Belisario Betancur, la prensa pedía que a los soldados se les dieran botas y uniformes porque no los tenían. Si a los ministros militares nos hubieran dado la plata que le han dado a los ministros civiles, habríamos ganado cinco guerras. Nosotros no teníamos plata, pero sí mística profesional, había convicción de por qué se estaba combatiendo y qué era lo que había que combatir”.

Cuarteles de invierno

En el calor del hogar, al lado de su esposa (doña Olga), con la cercanía de sus hijos (Olga, Fernando, Gustavo, Adriana, Claudia y María del Pilar), el recuerdo de su hijo Erwin y el amor de sus nietos, dedicó sus días a la lectura, al análisis permanente de los hechos y a su gran pasión: escribir. Siempre vigente para la opinión nacional, por cuenta de sus calidades académicas, sabiduría y experiencia.

Fue un hombre franco, íntegro, directo y de carácter. Su hijo Fernando lo recuerda como “una persona tranquila, un soldado poeta, lector consumado y autodidacta. Sin importar la hora de regreso al hogar, él leía hasta muy tarde, no sin antes llevar el café (que él mismo

preparaba) a los soldados que prestaban guardia. Siempre lo hizo, incluso siendo ministro” (Landazábal, comunicación personal, 2020).

En un lugar especial, pero austero, como todos sus espacios, reposaban las condecoraciones nacionales y extranjeras con las que había sido distinguido a lo largo de 36 años de carrera, entre ellas: la Medalla al Deber Cumplido del Batallón “Colombia”; la Estrella de Bronce, otorgada por el Gobierno de Estados Unidos de América; y la medalla Cruz de Oro de la Liberación, de Corea del Sur. Así como la Cruz de Boyacá, que obtuvo en el grado de mayor, por sus aportes a la pacificación del Huila y del Tolima.

En los días en que recibió el ministerio, la *Revista Semana* lo llamó, con razones justificadas, “sociólogo con quepis” (*Revista Semana*, 1982b). Su producción intelectual supera la veintena de obras y de cuarenta artículos. Autor de un centenar de poemas en distintos estilos literarios: “El niño mártir de la violencia”, “Jardín de amor”, “Desdén”, “Despedida”, “Delirios de juventud” y “Añoranzas”, entre otros. Su inspiración lírica está presente en los cuarteles con los himnos de la Escuela de Lanceros y el Batallón “Guardia Presidencial”.

El brigadier general (H) Augusto Pradilla Giraldo, eximio jurista y académico, quien era su amigo personal, lo describe como un “hombre de letras, columnista reconocido en revistas y periódicos, pero, sobre todo, autor de libros en cuyas páginas dejó

plasmada una visión clara de la suerte que correría el país, si los gobernantes no tomaban algún día la decisión de combatir la subversión, como lo reclamara en su tiempo” (Pradilla, 2008).

Dignificar la memoria

En las instalaciones del Batallón de Infantería N° 13 “General Custodio García Rovira”, en Pamplona, se encuentra el Museo “General Fernando Landazábal Reyes”, un espacio que, según Javier Leal, sobrino del general y acucioso guardián de su legado: “Busca conservar la memoria del militar y su prolífica obra, además de sus entrevistas en medios de comunicación, los uniformes, medallas y fotografías, para darle el lugar que le corresponde, pues, al final, la historia le dio la razón” (Leal, comunicación personal, 2020).

El 4 de diciembre de 1998, el entonces Batallón de Artillería N° 13 “Capitán Francisco De Paula Aguilar”, cambió su nombre por el de “General Fernando Landazábal Reyes”. El 2 de diciembre de 2005, 491 alféreces ascendieron al grado de subteniente. A esa promoción, le fue otorgado el nombre del general que, 58 años atrás, en el mismo campo de paradas, se graduó como oficial de Artillería.

En un artículo sobre el general Landazábal, publicado en la revista *Ecos del Cuerpo de Generales y Almirantes* en retiro de las Fuerzas Militares de Colombia, el mayor general Javier Arias propuso que se implementara una cátedra en las escuelas de formación y



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes



Foto: Museo Militar General Fernando Landazábal Reyes

capacitación. Una idea que no debería quedar en el papel, puesto que, al igual que otros oficiales (como Ruiz Novoa, Valencia Tovar y Puyana García, por citar algunos de ellos), se hace necesario estudiar su pensamiento, su producción académica y las lecciones de su tiempo para la posteridad. Así, se abriría un espacio para interactuar en una actividad académica crítica, en la que se conocieran y discutieran los problemas más graves que enfrenta la sociedad colombiana desde la perspectiva de la seguridad y defensa nacionales.

El toque de silencio

A las 7:45 de la mañana del 12 de mayo de 1998, el general salió de su apartamento ubicado en el norte de Bogotá. Como era costumbre, se desplazaba a pie para llegar a su oficina particular situada a pocas cuadras. Aquel día, vestía un impecable traje azul oscuro, llevaba en su mano el ejemplar infaltable de la edición de *El Tiempo*. En medio del desprevenido recorrido, un vehículo Sprint de color rojo lo seguía de cerca, en su interior (según relataron testigos) iban tres hombres. Uno de ellos, se apeó y se acercó de frente al general, desenfundó una pistola nueve milímetros y le disparó en cinco ocasiones. Tres impactos le produjeron heridas mortales (*El Tiempo*, 1998).

La autoría terminó en un callejón sin salida, algo de lo cual, por respeto a los suyos, no es pertinente comentar. Así, indefenso, 'armado' de un diario, como símbolo de la palabra que siempre defendió, murió sobre una acera fría en una aciaga mañana, en la cual una llovizna tenue vio apagar cobardemente tres soles. El soldado que había resistido a mil batallas, que había enfrentado el fuego inclemente en tierra propia y ajena, había caído por cuenta de enemigos agazapados que (contrarios a su talante) jamás dieron la cara.

En sus exequias, estuvieron presentes familiares, amigos, compañeros, dignatarios, arzobispos, personalidades y sus soldados. En

aquella ocasión, su hija Olga, dirigiéndose a los asistentes, clamó al cielo: “¿Hasta cuándo? ¿Cuántos más tendremos que caer para salir de este laberinto oscuro? A esas palabras, signadas por el dolor, se sumaron las del general Álvaro Valencia Tovar, su amigo, compañero, soldado de la pluma y de la espada:

Diríase que dentro de este féretro silencioso se

hubiese apagado la llama de una vida y acallado el timbre familiar de una voz. Es lo que quienes ordenaron la muerte o accionaron las armas magnificadas quisieron lograr. En lo que no pensaron fue que esa llama, convertida en antorcha, seguirá iluminando el presente y el futuro de Colombia. Su pensamiento seguirá inspirando a las

formaciones de soldados que, al pie de su bandera, proseguirán la lucha, con la esperanza de su Oración Patria, pronunciada al anochecer en los cuarteles de Colombia: ver a su patria grande, respetada y libre (Valencia Tovar, 1998). 🏆

REFERENCIAS

- Aldunate, R. (1924). *La revolución de los tenientes: ruido de sables*. Escuela Litotipográfica "La Gratitud Nacional".
- Arias, J. (2018). General Fernando Landazábal Reyes 1922-1998. *Revista Ecos*, 154, 24-29.
- Bonnet, J. M. (17 de mayo de 1998). A la memoria del amigo, el maestro y el jefe. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-781662>
- Castaño, C. (2017). General Alberto Ruiz Novoa: un soldado de todos los tiempos. *Revista de las Fuerzas Armadas*, XC(239), p. 2-12.
- Cimadevilla, J. (2020). *Fernando Landazábal Reyes: el filósofo guerrero*. Manuscrito no publicado. Centro de Investigación en Memoria Histórica Militar, Escuela Superior de Guerra.
- Cuervo, L. (1953). Festejos patrios de 1953. *Boletín de Historia y Antigüedades* (40), p. 353.
- El Tiempo. (febrero de 1943). Fueron nombrados ayer 73 nuevos alumnos de la Escuela Militar. *El Tiempo*. <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxbUuuUC&dat=19430205&printsec=frontpage&hl=es>
- El Tiempo. (7 de diciembre de 1947). 19 alféreces recibieron su grado de subtenientes ayer. *El Tiempo*. <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxbUuuUC&dat=19471207&printsec=frontpage&hl=es>
- El Tiempo. (18 de abril 1948). El soldado desconocido. *El Tiempo*. <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxbUuuUC&dat=19480418&printsec=frontpage&hl=es>
- El Tiempo. (junio de 1968). El país reposa en su institución armada. *El Tiempo*.
- El Tiempo. (2 de septiembre de 1980). Altos mandos invitan al país a luchar contra la subversión. *El Tiempo*.
- El Tiempo. (9 de julio de 1982). Propuesta de paz del general Landazábal. *El Tiempo*.
- El Tiempo. (6 de enero de 1984a). La entrevista a Landazábal. *El Tiempo*.
- El Tiempo. (20 de enero de 1984b). Un discurso republicano. *El Tiempo*.
- Esquivel, R. (2007). *Factores de inseguridad*. Conferencia CEM. Escuela Superior de Guerra.
- Fuerzas Militares. (1998). *Escritos inéditos del general Fernando Landazábal Reyes*. Fuerzas Militares.
- Grupo de Artillería "Santa Bárbara". (1997). *Historia de la Artillería Colombiana*. El Grupo.
- Landazábal, F. (diciembre de 1960). Sentido ético de la guerra. *Revista Fuerzas Armadas*. II(5), p. 288.
- Landazábal, F. (1966). *Política y táctica de la guerra revolucionaria*. Editorial Pax.
- Landazábal, F. (1969). *Estrategia de la subversión y su desarrollo en América Latina*. Editorial Pax.
- Landazábal, F. (1975). *Factores de violencia*. Ediciones Tercer Mundo.
- Landazábal, F. (1976). Diagnóstico de la inconformidad. *El Pueblo*. pp. 1-2
- Landazábal, F. (29 de agosto de 1981). El Ejército rechaza todas las invitaciones antidemocráticas. *El Tiempo*.
- Landazábal, F. (1983a). *Páginas de controversias*. Bedout.
- Landazábal, F. (enero de 1983b). El tráfico de la violencia. *Periódico Fuerzas Armadas*.
- Landazábal, F. (1985). *El precio de la paz*. Editorial Planeta.
- Landazábal, F. (1990). *La salida del túnel*. Planeta
- Landazábal, F. (1994). Paz con consejería militar. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-258762>
- Leal, F. (2018). *Al paso del tiempo. Mis vivencias*. Universidad de los Andes y Universidad Nacional de Colombia.
- Medina, M. (2000). Las tropas siguen al líder, si se compromete con ellas. Entrevista con el general (RA) Fernando Landazábal Reyes. *Análisis Político*, 39, 83-93.
- Pardo, R. (1996). *De primera mano: Colombia (1986-1994). Entre conflictos y esperanzas*. CEREC y Editorial Norma.
- Pizarro, E. (agosto de 2019). Las Fuerzas Militares y su compromiso Institucional. *Revista Ejército*. [https://publicacionesejercito.mil.co/recursos_user/revista_ejercito/Revista_202/las-fuerzas-militares-y-su-compromiso-constitucional.html](https://publicacionesejercito.mil.co/recursos/user/revista_ejercito/Revista_202/las-fuerzas-militares-y-su-compromiso-constitucional.html)
- Pradilla, A. (2008). *El precio de la paz*. ACORE https://issuu.com/acore/docs/periodico_mayo_2008
- Restrepo, O. (13 de mayo de 1998). Y la lluvia vino a apagar tres soles. *El Tiempo* <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-778425>
- Revista de Historia. (1977). Entrevista con Álvaro Valencia Tovar. *Revista de Historia*, 5(1).
- Revista Semana. (1982a). Landazábal nuevo estilo. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/landazabal-nuevo-estilo/798-3/>
- Revista Semana. (1982b). Camacho, Landazábal, ¿cuál es el cambio? *Revista Semana*. <https://www.semana.com/camacho-landazabal-cuales-el-cambio/617-3/>
- Rosales, G. (2009). *Evocaciones*. Universidad Militar Nueva Granada. <http://hdl.handle.net/10654/10621>
- Ruiz Novoa, A. (28 septiembre de 1997). Una ambición que nunca tuve. *El Tiempo*.
- Tovar, G. & Figueroa, E. (2020). *La quinta arma: historia de la Aviación del Ejército de Colombia*. Sello Editorial ESMIC. <https://doi.org/10.21830/9789585287822>
- Ugarriza, J. & Pabón Ayala, N. (2018). *Militares y guerrillas: La memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares, 1958-2016*. Editorial Universidad del Rosario.
- Valencia Tovar, Á. (1998). En las exequias del General Fernando Landazábal Reyes. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-770932>
- Valencia Tovar, Á. (2013). *Los presidentes que yo conocí*. Planeta.
- Velásquez, E. (2012). La noción de guerra revolucionaria en Fernando Landazábal Reyes y sus repercusiones en el conflicto armado colombiano. *Folios*, 35, 145-157. <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n35/n35a10.pdf>
- Yarce, J. (15 de noviembre). Fernando Landazábal Reyes: un general que habla claro. *La República*.